Este privilegio asegura á los franceses una situación poderosa... ¿Debe esto continuar?»

Seguramente no es posible que este estado de cosas pudiera perpetuarse después de un nuevo ataque contra las Congregaciones religiosas de Francia, sobre todo si este ataque era decisivo.

Los decretos de 1830 crearon por un momento á las Congregaciones religiosas una situación muy delicada en las Misiones. Pero no hicieron tampoco fácil la de nuestros agentes en el extranjero. El gobernador de las Dardanalles decía un día á nuestro vicecónsul: «En vuestro país proporcionáis grandes disgustos á vuestros curas y aquí pretendéis ser sus defensores» (1). Y esta frase no tenía réplica.

¿Qué queréis que respondieran nuestros embajadores y nuestros cónsules, si á sus reclamaciones en favor de los Misioneros, la Sublime Puerta, la corte de Emyrne ó de Tsong-li-iamen se limitasen á contestar: «Seguimos vuestras huellas. Esos religiosos os han parecido peligrosos, y á nosotros nos lo parecen también. Les habéis reducido á la impotencia en vuestro propio país, destruyendo allí sus obras porque tienen un jefe en Roma y sucursales en el extranjero. Esta razón nos parece también suficiente; la tomamos de vosotros, y destruímos sus escuelas, sus hospitales, etcétera, porque pertenecen á religiosos que obedecen á un jefe residente en Roma y tienen sucursales en el extranjero. Vuestra influencia podrá padecer por esto, es posible; pero ¿con qué derecho nos imponéis en nuestra casa religiosos franceses que ya no queréis en Francia? ¿Y por qué nos habéis de obligar á permitirles vivir en común, á enseñar, á tener propiedades en nuestra casa, cuando vosotros les habéis prohibido vivir en común, enseñar y poseer bienes en vuestro país, por más que ese país sea el suyo tanto como es el vuestro?»

(1) GASTON DESCHAMPS: *En Turquía.*

¿Cómo refutar semejante respuesta?

El R. P. Rouvier, el R. P. Bélanger y el R. P. Piolet, en sus hermosas obras han referido los servicios prestados á Francia por los religiosos misioneros; no creo que pueda hacer cosa mejor que remitir al lector á estos libros. No obstante, me parece que debo decir algo de la Misión de Cayenne (1).

CAPÍTULO VI

CAYENNE

De tal modo ha sido atraída la atención hacia Cayenne en estos últimos años, que parece cosa inútil hablar de su mortífero clima. Aquellos primeros jesuítas que fueron enviados á Guyana, no estaban en condiciones de defenderse de él, ó no creían que debieran tomar precauciones; imprudencia que casi todos pagaron con su vida.

¡Con qué emoción nos despedimos de ellos, seguros de que la noticia de su muerte no tardaría!

(1) *Lejos del país*, Rouvier.—*Los desconocidos*, Bélanger.—*Fuera de Francia; las Misiones*, P. Piolet.

Los que resistieron, instruyeron á otros; éstos aprovecharon sus lecciones, y vimos al fin á los que volvian de Cayenne. Hay varios entre nosotros; más de uno de nuestros antiguos hermanos coadjutores, el portero de la calle de Postas, y el de Versalles, entre otros, que han pasado varios años en la isla del Diablo. Ellos nos refieren que mientras existió el gran bosque de cocoteros, la vida no era allí demasiado dura; pero que los condenados políticos, á los que se enviaba á tal lugar, derribaron algunos de estos árboles con objeto de construir canoas para evadirse, y entonces se ordenó que se derribasen los que quedaban, convirtiéndose la vida en muy dura. Sin embargo, no corresponde á los jesuítas el honor de ser los primeros que se dedicaron á la colonización de Cayenne. En el libro del P. Bélanger *Los desconocidos*, se dice que la primera fué la Madre Javouhey.

Negros y blancos, Administración central y Gobierno colonial, todos se unen para rendir el merecido tributo á la maravillosa obra de la Madre Javouhey. La fundadora de la Congregación de San José de Cluny habia hecho materialmente florecer el desierto. Lo que la Administración, con todos sus recursos, no había osado emprender, ella lo emprendió y lo condujo á buen fin. Lo que el Director de las colonias no había empezado más que para fracasar miserablemente, á pesar de los enormes gastos, ella lo transformó rápidamente, conduciéndolo á la prosperidad. Si todo un barrio de la Guyana era explotado, se debía á la Madre Javouhey; si en medio de los fértiles campos se elevaba una casa, obra era de la

Madre Javouhey; si, en fin, los negros libertados hicieron su entrada en la población sin causar los terribles trastornos que se pensaba, á la Madre Javouhey correspondía el honor de la empresa. ¡Hé aquí lo que, entregado á sus generosos arranques, había realizado el genio cristiano de aquella campesina! ¡Hé aquí lo que había hecho su gran corazón de francesa!

Una Revista especial, la *Revista francesa del extranjero y de las colonias* (1), está en lo cierto al decir: «La Madre Javouhey quedará sin disputa como la figura más notable de la colonización francesa en el siglo XIX; sus empresas son elocuente refutación de ese viejo cliché, hoy más que nunca en moda: los franceses no son colonizadores.»

No puedo repetir estas últimas palabras sin recordar lo que me dijo en Inglaterra un general inglés que había pasado toda su vida en las colonias: «Tenéis razón al rechazar el juicio de que Francia no es colonizadora. Lo es, y tal vez más que nosotros, pues nosotros no hacemos más que imponernos por la fuerza y por la implantación de un sistema de jerarquía autoritaria á los pueblos. Los verdaderos colonizadores son los rusos, que saben descender y vivir con el pueblo á que se mezclan, lo que vosotros sabríais también hacer si tuviérais más confianza en el éxito.» Esto es lo que la caridad cristiana hace que practiquen los religiosos.

Sea lo que sea, no se trató de colonizar á Cayenne, sino de organizar allí la gran obra de transporta-

(1) 15 de Agosto de 1890. T. XII, pág. 307.

ción, la que, por lo demás, podría, hasta cierto punto, transformarse en colonización. La transportación había sido organizada por decreto presidencial de 25 de Marzo de 1852. Se pretendía por este medio aligerar primero y suprimir después los presidios de Brest, Rochefort y Tolón, donde 6.000 presidiarios estaban almacenados. Se esperaba también hacer más eficaz y más humana la pena de los trabajos forzados. Se trataba, en fin, de perseguir á la vez una obra de bien público, aplicando á los condenados á la explotación de una colonia, y una obra de alta moralización permitiéndoles rehabilitarse con el trabajo en una semilibertad. Era de toda evidencia que el sacerdote era un apoyo esencial en la empresa que se intentaba. Hacían falta capellanes: los de la Armada eran poco numerosos para encargarse del nuevo servicio que se pretendía establecer. El Ministro de Marina y de las Colonias se había dirigido á dos Congregaciones religiosas; pero sus ofertas no fueron aceptadas.

Faltaba personal, y en esta escasez, los superiores, preguntándose con dolor si el cargo propuesto no sería fatalmente estéril, habían creído deber reservar las fuerzas y la abnegación de sus misioneros para tarea más fecunda y de resultados menos inseguros.

Felizmente, los jesuítas conocían mejor á los desdichados que se iban á transportar lejos de Francia. Era poco después de aquellas famosas misiones de los presidios, que tanto ruído habían causado. ¿Cómo habían de pasar inadvertidas? ¿Se había dado nunca espectáculo parecido? ¡Un presidio en retiro durante un mes!

Dos veces por día, mañana y tarde, los presos, escuchando con avidez el sermón que se les dirigía, con tanto recogimiento como personas que fueran á hacer su primera comunión; aquellas pobres gentes apiñándose en torno de los confesonarios: el altar levantado en lugar del patíbulo, y en torno de él los condenados, no de rodillas en tierra, con los soldados alineados tras ellos, con los fusiles cargados como en el día de las ejecuciones, sino arrodillados humildemente, inclinada la cabeza para asistir con fervor al santo sacrificio; 250 primeras comuniones; 1.200 confirmaciones; 2.500 comuniones, y al fin del retiro una magnífica procesión. Después, aquellos 4.000 forzados, cuya conciencia estaba hecha jirones, y cuya alma había servido de refugio á todas las deshonras, agrupándose en torno de un altar, en el que en medio de flores y de luces, y al través de las lágrimas de sus ojos, encontraban á la Inmaculada Virgen, á la que habían rezado en su juventud! Esto es lo que el escepticismo oficial había visto en Tolón con un asombro que nada podría pintar. Este espectáculo habíase repetido en Brest y en Rochefort. Los misioneros jesuítas habían podido advertir que en aquellos corazones no todo estaba muerto; que el pensamiento de la familia sobrenadaba en el naufragio de aquellas almas, y que el recuerdo de todos aquellos condenados volvíase como por instinto en ciertos momentos hacia las primeras horas de la vida, horas en que se caminaba tal vez con la frente bañada en sudor, pero con la cabeza alta y el corazón abierto, seguros del amor de algunos y de la estimación de todos los

amigos. Esto se vió bien claro en Tolón el día de Difuntos, cuando, antes de comenzar los trabajos, y muy de mañana, dos misioneros celebraron en la cárcel una misa por el eterno descanso de las almas de todos los parientes de los condenados. Nunca entre éstos había reinado silencio más profundo, y muchos lloraban amargamente.

No era, pues, preciso desesperar de los forzados. Los jesuítas acababan de tener la prueba de esto, y poseían muchas cartas de ellos, que afirmaban la prueba. Estas cartas les habían sido dirigidas espontáneamente, sin hipócrita esperanza de obtener algún alivio; pues durante el tiempo que duró la presencia de los misioneros en los presidios, se habían impuesto el deber de no solicitar gracia alguna y de no distribuir ningún socorro.

La confianza que habían inspirado, la gratitud de los presos, habían, pues, sido los impulsos que dieron ocasión á estas cartas: «Os habéis separado de los seres que os eran queridos—nos escribía uno—para traernos palabras de paz y de consuelo y para tender vuestras manos amigas, á nosotros, los réprobos, que la sociedad ha arrojado de su seno. Nos compadecéis, no nos despreciáis, venís á respirar bajo nuestras bóvedas los miasmas del presidio, exponiendo vuestra salud y vuestra vida, para hablarnos de Dios, de nuestras familias, de nuestras almas. ¡Gracias!» (1).

Bajo la influencia de estos recuerdos, los jesuítas

(1) Véase la obra de León Aubineau, *Los jesuítas en el presidio.* 5.ª edición, París.

no vacilaron. En Guyana había un doble objeto que conseguir: trabajar para atraer á la virtud á millares de desdichados, ayudándoles á salir de su vergonzosa degradación, y asociarse á una obra colonizadora útil á Francia. Se ofrecieron, pues. El clima era mortífero, no lo ignoraban; la tierra poco hospitalaria, el bosque feroz por sus fiebres. No importaba... Una carta del P. Studer, Provincial de París, anunció al Príncipe-Presidente que si faltaban capellanes, en la Compañía de Jesús se encontraban, y que sólo deseaban emprender la marcha (1).

El 12 de Marzo de 1852, el P. Studer, acompañado del P. Hus, futuro superior de la Misión, estaba en el Elíseo. Fueron recibidos con gran amabilidad. El día 13, el Ministro de Marina, M. Ducos, les informaba de que la proposición, sometida al Consejo de Ministros, había sido aceptada, inmediatamente de ser conocida por todos, excepto por uno.

«¡Dar semejante empleo á los jesuítas!—había dicho el que se oponía.—A esto—dijo el Ministro al P. Hus—el Príncipe y nosotros hemos respondido con una carcajada, añadiendo el Príncipe: «¿Teméis que hagan prosélitos en el páramo y que todos los presidiarios se conviertan en jesuítas? Estad tranquilo. El peligro no es inminente. Con lo cual siguieron las risas.»

»Los primeros Padres partieron de Brest en *La Fuerte* el 25 de Abril de 1852. Allí entraron por primera vez en relaciones con sus nuevas ovejas, pues la fragata conducía á bordo 350 presidiarios, colocados

(2) Rouvier, *Lejos del país.*

en las baterías bajas de ambos lados del navío. El domicilio no era ciertamente lujoso, y sin embargo, estaban satisfechos porque se alejaban del presidio y de los horrores de éste. Nada ya de ultrajante curiosidad que padecer. Nada ya de tener que soportar la infamante librea, pantalón amarillo, chaqueta roja, gorra de lana. Nada ya de tener que arrastrar cadenas ó grilletes; sobre todo, nada de *ramas* (1). Iban vestidos como todo el mundo, tenían una hamaca para dormir, y un campo con vastos horizontes llenos de aire, de sol... ¡una semi-libertad en suma!

»Esto era más de lo que se necesitaba para embriagar de alegría á los condenados, tanto más cuanto que al ir á Guyana muchos creían entrar en el Edén, tan maravillosas eran las descripciones que unos á otros se hacían. Pero los misioneros sabían á qué atenerse en este punto. Aunque lo hubieran ignorado, les bastaría con recorrer los registros de su Orden para saber lo que había de cierto en la supuesta salubridad

(1) Uno de los misioneros de Cayenne da en los siguientes términos noticia del *ramas* que se efectuaba en los antiguos presidios: «A la caída de la tarde un cañonazo disparado desde el buque almirante daba la señal de acostarse. Inmediatamente, los presos se amontonaban en las salas y en los pontones; corríanse los cerrojos, y tanto en el interior como en el exterior, los centinelas vigilaban con el fusil cargado y prestos á hacer fuego. Los hombres se extendían en el suelo, los unos junto á los otros, en un espacio que mediría de 50 á 60 centímetros á lo más. Allí, y colocados en la misma línea, había 100, 200 y 250. Entonces un cabo de vara cogía el último anillo de la cadena de cada preso y le introducía en una gruesa barra de hierro, tan larga como la sala, fijando sólidamente los dos extremos á la piedra por medio de garfios y cadenas. Los hombres permanecían de este modo sujetos á la inmovilidad hasta el siguiente día. Esto era el *ramas*.»

de aquellos bosques lujuriosos ó de aquellos seductores islotes. En la Guyana, evangelizada por los antiguos jesuítas, habían perdido la vida muchos de ellos, y á estas víctimas del deber y del celo apostólico se iban á añadir otras.

»*La Fuerte* arrojó el ancla á las islas del Salvamento el 19 de Mayo de 1852. Apenas transcurrido un año, murió un misionero: El P. Herviant, á los cuarenta y tres años de edad, en la isla de San José, donde era capellán de los condenados por delitos políticos (1853). Cuatro meses después, el P. Morez le siguió al sepulcro. Había acompañado á los presidiarios que fueron enviados á la montaña de Plata, isla insalubre unida á tierra firme por un pantano pestífero; un presidiario negro, criado suyo, fué el único que le asistió en sus últimos momentos y acercó un crucifijo á sus labios moribundos. En Abril de 1854 le tocó el turno al P. Luis Bigot, que había llegado de Francia cinco meses antes, á la edad de cuarenta y seis años. Se le había confiado un puesto de honor: la penitenciaría de San Jorge en el Oyapock. Este punto era tan temible, que los trabajos del primer saneamiento habían sido comenzados por presidiarios negros, á los que se unieron 80 transportados de Europa: en cinco meses las fiebres mataron á 40. A este foco de contagio se envió al P. Bigot desde su llegada á Guyana. Él partió con gran alegría. Cuando se presentó en el hospital, de todos los pechos brotó un grito de júbilo, y en todos aquellos labios descoloridos por la fiebre, se dibujó una sonrisa.—¡Al fin no moriremos como perros!—No os marcharéis, ¿verdad, Padre?—¡Hé

aquí uno que nos ama!... ¿No nos abandonaréis, nunca, nunca?... No... Nunca, en efecto, pues él debía dormir el eterno sueño bajo aquella tierra de muerte...

»Durante cuatro meses, el P. Bigot se agotó, por así decirlo, junto á sus «queridos presidiarios». Después, una noche de Abril, apareció el delirio y con él la muerte. En torno del lecho del padre, y á la puerta de su casa, los pobres presidiarios negros rezaban el rosario por el moribundo. Entre este murmullo de oraciones y sollozos, expiró el misionero. Más feliz que el P. Morez, tuvo al menos á uno de sus hermanos para asistirle y administrarle los últimos sacramentos (1).

»El año 1855 fué particularmente mortífero.

»El nuevo Superior, el P. Stumpf, que llegó el 4 de Enero de 1856 en plena epidemia, fué acometido el 16 de Abril por un acceso de fiebre. El 20 del mismo mes lanzaba el último suspiro.

(1) En medio de todos estos duelos, no faltaron á los jesuítas los testimonios de la más cordial simpatía.

«He leído y releído varias veces vuestra hermosa é interesante carta—escribía en Julio de 1854 el almirante Fourichon al Padre Superior—y me ha producido impresión tan honda, que me sería imposible expresar los diversos sentimientos que inundan mi corazón. Hay dos, no obstante, que dominan á los demás: la dicha de haber merecido vuestra afectuosa estimación, y el disgusto de ver que estáis encadenado á una obra condenada á terminar en verdadero desastre, y que ya os ha causado tan dolorosas pérdidas.

«¡Que el cielo os libre de nuevos golpes, amadísimo Padre; que la Providencia no permita que vuestra santa abnegación os arranque á nuestro respeto y á nuestro amor! En vos yo perdería más que un amigo ..»

El Ministro de Marina escribía también al mismo Padre el 29 de Junio de 1854, para manifestarle la parte que él tomaba en el sentimiento producido por la muerte del P. Bigot, y para suplicarle que reemplazase á este Padre á la mayor brevedad posible.

»Antes de morir había designado al P. Dabbadie para que desempeñase interinamente el cargo de Superior, y tres semanas después, el P. Dabbadie, herido á su vez, se reunía con él en la eternidad. La autoridad pasaba de este modo de mano en mano como se transmite el mando en un campo de batalla. Pero nadie era relevado en su puesto. Los Gobernadores se sucedían en Cayenne—algunos no permanecieron más de un año,—los oficiales, los administradores volvían á Francia para tomar un descanso, seguramente bien ganado. Pero los Religiosos y las Hermanas de San Pablo de Chartres permanecían siempre en su puesto esperando á que la muerte les obligase á abandonarle.—Estáis muy castigados—dijo uno de los miembros de la Administración á los Padres de Cayenne;—¡siete en algunos meses, cuando sois tan pocos, es demasiado!—Pues por esto estimamos en tanto nuestra misión. Muramos todos, si es preciso, para llevar á buen fin obra tan grande.

»El que dió tal respuesta, el P. Boulogne no tardó en ver cumplidos sus deseos. El 20 de Septiembre moría con el alma llena de calma y de serenidad.

«Había en Cayenne penitenciarías particularmente malsanas: las que el almirante Bonard había establecido en pleno bosque, en el Condado. La fiebre no venía únicamente, á juicio de uno de los médicos de la marina que allí permaneció algún tiempo, de la tierra que se pisaba, del aire que se respiraba, del agua que se bebía: el mismo viento la arrastraba allí de los pantanos de Kaw, situados á algunas leguas de distancia. Y bajo su influencia mortal, el criollo como

el europeo, el animal como el hombre, perecían. Dormían en una atmósfera envenenada. El día era resplandeciente, radiante, lleno de alegría. Pero, por la noche, desde que la sombra comenzaba á invadir el bosque, anchas columnas de vapores cruzaban el cielo de manera lúgubre. Al unirse formaban inmensa cortina de brumas que envolvía la tierra, como un manto de nieve. Lentamente, aquella superficie blanca, océano inmóvil primero y agitado después, se extendía como marea ascendente, chocaba contra las casas, las palmeras, el bosque entero que devoraba al cabo. Los negros, en su sencillez supersticiosa, los comparaban con grandes fantasmas blancos que subían por la noche á la cúspide de los árboles para destilar en ellos la fiebre. La inundación de brumas subía, subía siempre... Una á una extinguíanse las estrellas, y hasta el siguiente día el Condado dormitaba pesadamente en una noche espesa y en medio de aquella bruma pestilente.

»A este manto brumoso se le llamaba en el país «el sudario de los europeos». ¡Cuántos desdichados, en efecto, encontraron allí la muerte! Sin embargo, el sacrificio se derrochaba sin medida en el Condado. Doctores, Hermanas hospitalarias, sacerdotes, rivalizaban en este punto, según dice el comandante Jusselain: «Los médicos militares, que tomaban á los hombres en el estado en que se les entregaba y prolongaban su existencia en lo que era posible; las admirables Hermanas de la Caridad de San Pablo de Chartres, que llegaban á aquellos páramos para dedicarse al cuidado de los criminales y ayudarles á bien morir; los Padres capellanes, cuyo único pensamiento era salvar las almas, y cuyo único deseo consistía en morir en la faena como los mártires...»

M. Jusselain, añade:

«Tratar con respeto á estas santas Hermanas, poner al servicio de estas Hijas de Francia, voluntariamente desterradas á estos bosques malsanos, en medio de tales hombres, todo el bienestar de que podríamos disponer; hacerles su misión menos penosa, era obedecer á una necesidad del corazón que cualquiera en nuestro lugar hubiera sentido. El día en que la canoa del *Oyapock* había desembarcado en San Agustín á nuestra Superiora y á las cuatro Hermanas que la acompañaban, todos habíamos sentido, á la vista de aquellas tocas blancas y aquellos trajes de paño burdo, una emoción que fué la señal de la veneración de que todos las rodeamos en los buenos y sobre todo en los malos días.

»Respecto á los capellanes, por más que su sotana nos recordase los días de nuestra infancia y la patria, no fueron tan bien recibidos. Eran jesuítas, y este solo nombre bastaba para que hubiera prevención contra ellos. Pero reservándonos nuestro juicio respecto á la tendencia de la Compañía, la mayor parte de nosotros los estimamos bien pronto, por admirar en ellos la más viva fe, unida á la tolerancia; la ciencia emparejada con la modestia, y un sentimiento del deber, un respeto á la regla, un valor, una paciencia y una abnegación de lo que dieron relevantes pruebas en las penitenciarías.»

«Al número de los muertos de que se ha hecho

mención es preciso añadir una docena por lo menos. Cada tierra, cada penitenciaría, cada estación tuvo su víctima; y cuantas veces la muerte hacía un vacío, se presentaba alguno para llenarle.

»Los transportados no fueron insensibles á tanta abnegación. Claro es que frente á los amargos desengaños y á las terribles pruebas que encontraron en Guyana, no todos acudieron al sacerdote, lo que se comprende teniendo en cuenta la naturaleza corrompida de algunos de aquellos desdichados; pero muchos acudían al presbiterio cuando sentían la necesidad de una palabra de consuelo, ó de algún auxilio ó afecto.—Vuestro único amigo en Guyana es el sacerdote—decía con frecuencia á los condenados el comandante La Richerie.—Y ellos lo sabían, y tomaban con gusto al Padre como intermediario.

»Algunas veces, cuando el arrepentimiento entraba en su alma, acudían á ellos para solicitar el perdón de su familia, y el perdón era concedido.

»El desterrado estaba en el bosque dedicado á la tala de árboles. Lo mismo en el Maroni que en el Condado la vida era muy ruda. Se permanecía toda la semana en el bosque, sin disponer de más refugio que una cabaña cubierta de hojas, y hasta el sábado no se salía de allí.

»Todas las mañanas se volvía á la tarea implacablemente monótona. En efecto, antes que el bosque fuese atacado, presentaba siempre un frente de batalla impasible, en la profundidad del abismo que en él se abría, como para ofrecer un combate sin fin. La nostalgia se apoderaba del trabajador en aquellas soledades, donde no se oía más que el ruido del hacha hendiendo el tronco de los árboles. Así, ¡cuán sincera era su alegría, cuando al través de los bejucos y helechos advertía la negra sotana del amigo que iba á consolarle desde tan lejos!

»Pero el papel del capellán nunca aparecía más grande que en los días de duelo, cuando las fiebres palúdicas atacaban una penitenciaría, ó cuando el vómito la llenaba de moribundos. Epocas de general terror que difícilmente podríamos pintar hoy.

»Cuando se instalaron en la Montaña de Plata, todos los europeos, sin excepción, fueron atacados de fiebre. De los 250 murieron 23 en el transcurso de seis semanas. El 4 de Agosto de 1853, de los 36 soldados que allí había, 27 estaban en cama, y de los 100 presidiarios había 60 enfermos. Las circunstancias se agravaron con la aparición del vómito: sólo 90 resistieron al terrible azote. ¡Calcúlese el espantoso estupor que reinaba entre ellos!

»Cuando el Padre Nicou desembarcó en Maroni en 1859, de los 600 transportados, 135 habían espirado desde hacía un mes y 181 estaban en el hospital.

»En estas poblaciones aterradas, únicamente el sacerdote podía levantar los ánimos, especialmente hablándoles de Dios y del cielo. Pero él daba también ejemplo. En Ilet-Mere, durante la fiebre amarilla, el capellán enfermo se hacía llevar en unas angarillas, junto á aquellos que le reclamaban.—Padre mío—le dijo un día uno de los médicos,—lo que hacéis es una grave imprudencia.

»—Es posible, doctor; pero mientras me quede un

soplo de vida, mis pobres hijos serán antes que todo.

»Esta abnegación explica el ascendiente logrado por los capellanes, y el respetuoso afecto de que eran rodeados. Su muerte tomaba á veces el carácter de verdadero duelo público.

»—Conocéis ya, mi Reverendo Padre Superior—escribía al P. de Montfort, M. Mélinon, comandante de los establecimientos del Maroni,—la dolorosa pérdida que el pueblo de Maroni ha experimentado en la persona del R. P. Demangin, muerto de fiebre perniciosa el 20 de Octubre. La víspera, domingo, el Padre había dicho dos misas: una en el hospital y otra en la iglesia. Si el afecto y la gratitud pueden ser medidos por el disgusto y las manifestaciones del público, vuestro corazón debe estar satisfecho: la medida ha sido colmada. Toda la población de San Lorenzo y sus anejos, reunida en un mismo sentimiento, ha ido con recogimiento, primeramente á la sala donde estaba expuesto el cadáver del Padre, y después al cementerio.

»Por todas partes, las lágrimas atestiguaban la sinceridad del afecto que por el difunto se sentía, y también por la Compañía, que desde hace tantos años les suministra capellanes, que se convertían en verdaderos padres de estos desdichados.

»Después de haber rendido este homenaje al último de los capellanes que acababa de morir en Guyana, M. Mélinon añadía:

»—Todos nuestros desterrados deploran amargamente la pérdida de los Padres de la Compañía de

Jesús, que deben partir en plazo breve y abandonar la Misión de las penitenciarias.

»Desde que la noticia de la partida de los Padres jesuítas se extendió entre los desterrados, éstos manifestaron el disgusto que les causaba.

»Vos, Reverendo Padre, abandonaréis como los demás Padres, á la Guyana, para ir en busca de nuevos pobres á quienes consolar é instruir. No me pertenece juzgar de estas cosas, pero creo poder deciros que á todas partes donde vayan los Padres de esta Misión de Guyana, les seguirán nuestros votos y nuestras oraciones. Consideramos como una bendición de Dios poder serles útiles, lo mismo á ellos que á todos los que pertenezcan á vuestra santa Sociedad (1).

»Los jesuítas iban, en efecto, á abandonar á Cayenne. Desde 1867, el Ministro de Marina se lo había hecho saber al General Hennique, Gobernador.

«Mi Reverendo Padre:

»Con profundo disgusto, la Administración de Marina se ve privada en lo sucesivo del concurso de los Padres de la Compañía de Jesús.

Ella ha apreciado todo lo que su perseverante celo y su piadosa abnegación han hecho por el feliz éxito de la transportación; y no ignoro la parte que les corresponde en los resultados obtenidos, siendo para mí gran honor el ser cerca de vos intérprete de su gra-

(1) Carta del Comandante superior de los Establecimientos de Maroni, al P. de Montfort, 23 de Octubre de 1873.

titud. Podéis estar seguro, mi Reverendo Padre, que ella conservará siempre un recuerdo de agradecimiento por los servicios que los Padres han prestado durante el tiempo de su Misión en Guyana.»

Esta es la forma con que un Ministro trata á una Congregación no reconocida cuando quiere tratarla con justicia. ¿Qué pensar de aquellos que intentan suprimir de una plumada la fuente de semejante abnegación?

Yo les pido solamente que antes de firmar lean la página que sigue, y que copio, de un libro titulado *Lejos del país*. Es la página 21, y en ella se trata de las religiosas que nos auxiliaron en Cayenne, no de las Hermanas de San José de Cluny, sino de las Hermanas de San Pablo de Chartres.

Estaban hacía mucho tiempo en Cayenne, á donde habían ido en 1727, atendiendo las súplicas de un inteligente Secretario de Estado, el Conde de Maurepas. Desde dicha época no habían abandonado aquella inhospitalaria tierra. El Terror mismo no las arrojó de ella (1).

Habían, sin embargo, conservado su hábito religioso; mantenían en las salas un gran crucifijo sobre un altar adornado con flores y cirios, y ante él rezaban todos los días por los enfermos (2). Su abnegación era tan grande, que no se podía pasar sin ellas; vióse

(1) Las Hermanas de San Pablo sirven aún en los Hospitales y Penitenciarías de Cayenne, del Campo de Saint-Denis, de las islas del Salvamento, de San Lorenzo y de San Juan del Maroni.

(2) Mgr. de Beauregard, Obispo de Orleans. *Memorias*.

ésta de manera admirable en 1841, durante la epidemia variolosa; la de la Hermana Zacarías, sobre todo, excedió los límites de lo humano y quedó como legendaria en la colonia. Diez años después, la Hermana Zacarías tuvo que luchar con un nuevo azote: la fiebre amarilla. Volvió luego á la batalla; el terrible mal se cebó en ella y la arrojó á la tumba. Siguiendo su ejemplo, todas las religiosas habían desplegado en las Penitenciarías un heroísmo que obligó á la veneración á los más cínicos y subyugó á los más altivos. ¡Resultaban tan sencillamente sublimes en su abnegación en el momento en que la fiebre sembraba el terror por todas partes! Á las dos primeras que cayeron víctimas del terrible azote, el Gobernador las inscribió en la orden del día de la colonia, disponiendo que sus exequias fueran á cargo del Estado.

Este fué el bautismo de fuego para aquella esforzada cohorte, y bien pronto se multiplicaron las víctimas. En Cayenne sucumbieron tres. Al ver á las Hermanas siempre dulces y sonrientes, los forzados las comparaban con los ángeles.

Y ángeles eran, pues á veces volvían cantando al cielo. En el Moroni, la Hermana Santa Casimira, en el momento de morir, entonó el *Magnificat;* tan grande era su alegría; al pronunciar el cuarto verso, expiró. En la Montaña de Plata, donde el azote era tan cruel, que de 380 personas mataba á 10 por día, la Hermana Anacleta y la Hermana Isidora murieron con ocho días de diferencia. Y todos los días, en su tumba, aparecían algunos ramos; hermosa ofrenda

que contrastaba con el general espanto, pero que probaba de conmovedora manera la gratitud de los desterrados.

Algunas veces, estos infelices no ofrecían flores, sino oraciones. En las islas del Salvamento, durante el largo tiempo que la Hermana Santa Solima estuvo enferma de la terrible fiebre, desterrados y vigilantes colocaron día y noche cirios encendidos ante el altar de la Virgen, para obtener la curación de la Hermana; curación que se logró. En ella recobraban una madre, pues á fuerza de abnegación, la religiosa de San Pablo de Chartres conseguía ser considerada como una segunda madre por muchos de los desterrados. La dulce imagen que evocaba entonces en aquellos lejanos lugares, bastaba para llenar los insomnios de gran número de noches crueles, y llamando con su querida mano á la puerta de aquellos corazones heridos, la abría con frecuencia al arrepentimiento.

«Mi querida madre—escribía un moribundo,—quiero darte mi último adiós. He arrastrado penosamente mis hierros por esta tierra. Viéndome á punto de muerte, quiero dedicarte mi último pensamiento. Voy á morir en la religión en que tú me has educado, y que ha sostenido mi ánimo abatido tantas veces. He cumplido todos mis deberes de cristiano, y muero con la dulce esperanza de obtener la divina misericordia y de volverte á ver en la madre patria de los hijos de Dios...

»En el hospital tenemos como Hermanas Hospitalarias algunas religiosas de San Pablo de Chartres. La

de mi sala ha sido para mí una segunda madre. Su caridad no tiene igual. Rogaré por ella como por ti, si tengo la dicha de ir al cielo.

»Adiós para siempre en este mundo, mi queridísima madre... Adiós... Adiós...»